

## LOS HUESOS DEL POZO DE FÚNERES

Leyenda de Asturias

En tiempos antiguos existía en Asturias, muy cerca del famoso pozo de Fúneres, un señorial palacio, conocido con el nombre de Álvarez de las Asturias, por sus primitivos moradores. Vivía en él el último descendiente de la ilustre casa, de quien se sabe que llevaba con mucho orgullo y poca dignidad el título de conde. Era conocido y temido de todos por su soberbia, su despotismo y su cólera indomable para aquellos que no pertenecían a su misma nobleza.

Cuentan que un día en que vio trabajar a uno de sus colonos en algo que no era de su gusto, le acometió tal arrebató de cólera, que después de insultarle injustamente, le dio muerte allí mismo. Todos sus siervos se enteraron de lo ocurrido; pero, aunque los sueldos eran exiguos y el contacto con el perverso Conde insoportable, transigieron una vez más y siguieron a su lado, por conservar el mísero pedazo de pan diario.

Poco tiempo después de este suceso, paseando un día el tiránico caballero por unos terrenos de su propiedad, acertó a ver por primera vez a la hija, ya moza, de uno de los labradores, y al observar su belleza, la mandó llamar a su presencia y la ordenó con extraña sonrisa que se presentara al día siguiente en su palacio. Prometió ella obedecer, y, como era de esperar, sucedió lo que había ya ocurrido con muchas de las trabajadoras del Conde: la muchacha quedó deshonrada y nadie pudo ni siquiera formular una queja al causante del daño.

Pasaron así los años, sin que mejorara la situación de aquellos desgraciados. La conducta del Conde seguía siendo el terror y la comidilla de aquellos alrededores. Tanto trascendieron sus maldades, que llegó a oídos del Rey su despotismo, y, sintiéndose obligado a hacer justicia, le mandó llamar a su presencia, y una vez que confirmó la verdad de su conducta, ordenó que se le diera muerte. Su cadáver, para ejemplo y escarmiento de otros como él, fue colgado, como el de un criminal cualquiera, en Peña Corbera, y una noche tras otra los cuervos le fueron devorando, hasta dejarle reducido al esqueleto. Entonces, sus huesos fueron recogidos de allí y arrojados al pozo de Fúneres.

En pocos meses todo el mundo se olvidó de él; sólo el perro del Conde, único ser a quien en vida había profesado algún cariño, abandonó el palacio y se fue a vagar por los alrededores del pozo, aullando incansable todas las noches en la boca negra y tenebrosa que recogía el eco de sus angustiosos ladridos.

Dicen que poco a poco, a raíz de ser arrojados al pozo los huesos del Conde, se empezó a sentir por allí un hedor repugnante, que cada día se hacía más insoportable. Los vecinos de aquellos alrededores empezaron a creer desde entonces que en el fondo de las cenagosas aguas habían nacido bichos asquerosos de todas clases, y esta idea hizo que las gentes se alejaran más

cada día de aquel pozo que parecía haberse contaminado de todas las miserias del malvado Conde.

Con los años, se fue olvidando la historia; pero un día un pastorcillo, ignorante de todo, que llevaba por allí sus vacas, distraído, pisó en falso y cayó al pozo. Lo advirtieron unos labradores y corrieron a salvarle. Comprobaron enseguida que no se había ahogado, porque era muy escasa su profundidad, y le echaron una gruesa cuerda para que trepara por ella; pero el pastorcillo se negó a subir y les rogó que le dejaran morir en el fondo de aquel pozo. Los labradores le preguntaron el porqué de su actitud, y el pobre muchacho contestó que eran tantos los bichos asquerosos que se habían adherido a su cuerpo, que no quería contaminar al mundo con el contacto ponzoñoso de tantas gafuras, larvas y culebrones como tenía sobre sí.

Hubo, pues, necesidad de dejar abandonado allí al pobre pastorcillo. Pero, desde entonces, la creencia de que el perverso espíritu del Conde vaga todavía en el fondo del pozo ha reavivado su recuerdo, alejando de allí a los curiosos.

Puedes leer otra versión de esta leyenda:

<http://www.espeleoastur.as/etnografia/Tira%F1a.htm>

A medio kilómetro de la iglesia de Tiraña en dirección a Laviana, existía una casa solariega de los Nava o Álvarez de las Asturias, después condes de Nava, cuyo vasto edificio, que terminaba en una capilla consagrada a San Martín, fue destruido por ruinoso en los primeros años de este siglo, así como la capilla algunos años después; hallándose en la actualidad en lugar de él una modesta casa, que aún conserva el nombre de "El Palacio", y cuyo sitio todavía inspira cierto recelo a los naturales de la comarca. De alguno de los antiguos moradores del destruido palacio, cuenta la tradición, que era conde, señor de horca y cuchillo, y ejercía el tan discutido derecho de pernada, siendo tal su despotismo y crueldad que emparedaba a las jóvenes que se resistían a sus lúbricos instintos; y relata con visos de certidumbre, que un día festivo yendo de caza el Conde, dejó muerto ante el altar por un disparo de un arma, al sacerdote que oficiaba, por el solo motivo de haber dado comienzo a la misa antes de su aparición en el templo.

Describe después, cómo habiéndose caído en el pozo "Funeres", -situado en Peñamayor, próximo a la majada que aún hoy lleva el nombre de "Mayáu del Conde"- una vaca, la más lucida de sus ganados, que llevaba al cuello un collar de plata con cencerro de oro, ordenó el Conde que uno de sus criados bajase al

fondo del pozo atado por una cuerda sostenida por otros desde el brocal, para recuperar la joya perdida; pero, cuando tirando de la cuerda, ya se hallaba próximo a la salida el criado con el valioso cencerro, se le oyó gritar con voz desesperada: "Soltadme, porque son tantas las gafuras que me acompañan, que emponzoñaría el mundo". Y le obedecieron, huyendo espantados de aquel sitio.

También dice, que un vecino del pueblo de "Panicerres" pasó a Castilla con el objeto de denunciar al Rey las crueldades del señor de Tiraña y, al ser recibido por aquél, en una de las genuflexiones que hizo, se le cayeron del zurrón que llevaba a su espalda, unos panecillos negros y duros. Al verlos rodar por el suelo, exclamó el monarca:

- Muy mal pan tenéis en vuestra tierra.

- ¡Este, señor, que nos dejase comer en paz el Conde! -repuso sentenciosamente el labriego.

Como consecuencia del cruento sacrilegio, fue condenado el Conde por el Tribunal eclesiástico a reedificar la iglesia, dejando fuera de ella el sitio manchado por la sangre del sacerdote muerto, y a perder el derecho que tenía para el nombramiento de párroco.

Poco tiempo después, acosado por crueles remordimientos y lleno de despecho al ver menguados sus derechos, murió el temido Señor del coto de Tiraña, y al ser trasladado su cadáver al panteón, que los de su casa tenían en Oviedo, fue arrebatado por una bandada de cuervos en el lugar denominado desde entonces "Peñacorvera". Y termina la leyenda asegurando, que al siguiente día de haber desaparecido el cadáver del Conde arrebatado por los cuervos, se vio a su perro de caza favorito, único ser a quien él demostraba simpatía, aullar durante muchas horas alrededor del pozo "Funeres", arrojándose después en su fondo. Y es muy cierto que aún hoy en día los cuervos anidan en aquel antro.

1. ¿Cómo el conde Álvarez de las Asturias?
2. ¿Qué decisión tomó el rey?¿Cuál fue su orden?
3. ¿Qué ocurrió en el pozo de Fúneres?
4. ¿Qué historias más cercanas se han forjado sobre este pozo? Aquí tienes algunos datos:

<http://memoriadelbosque.blogspot.com/2008/09/pozo-funeres-la-memoria-del-tejo.html>

[http://www.marcha.tv/blog/2007/06/06/Cuenta\\_la\\_leyenda\\_El\\_pozu\\_funeres](http://www.marcha.tv/blog/2007/06/06/Cuenta_la_leyenda_El_pozu_funeres)

<http://www.espeleoastur.as/etnografia/Tira%F1a.htm>